Notas

JUAN MANUEL SILVA

Sobre el sentido actual de la filosofía en México

Hace veinte años que algunos profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, fueron convocados para hablar sobre el sentido actual de la filosofía en México.¹ La interpretación de su propia tarea que los filósofos llevan a cabo y el intento de definir los elementos que la constituyen son algo que pertenece a la normalidad del trabajo filosófico. En el quehacer filosófico está dada una peculiar autoconciencia: hacer filosofía implica saber qué es filosofía. No es, pues, algo fuera de lo común que los filósofos quieran averiguar cuál es el sentido actual de sus actividades profesionales.

Lo que no es normal es que el filósofo emprenda la tarea de dar cuenta del sentido de su labor ante su comunidad (sea ésta la representada por un ámbito universitario de trabajo, o por un país entero), pues el sentido de ese quehacer casi siempre pasa por ser algo que por consabido se calla. Cuando se trata de explicitar ese sentido, en su autoanálisis la filosofía tiene el propósito de poner el acento en un aspecto diferente, tanto a aquél que tiene que ver con la naturaleza misma de la filosofía como quehacer teórico, como al que se refiere a las exigencias de calidad de los procedimientos de trabajo relacionados con el mismo, para hablar directamente de las condiciones vitales que hacen posible que ella exista como tal y, sobre todo, de las finalidades, igualmente vitales, que se propone. Entonces la pregunta por el sentido de la filosofía no se dirige hacia la dilucidación del *qué* ni del *cómo* sino del *para qué*.

1. ¿Cuál es el sentido de la filosofía?

No se trata de saber cuál es el sentido de la palabra filosofía, queriendo conocer lo que *significa* semánticamente hablando. Esto le interesa al filósofo y a otros hombres cuando plantean preguntas cuya intención es distinta de la que se encuentra por debajo de la cuestión que tratamos

¹ Cfr. "El sentido actual de la filosofía en México", *Revista de la Universidad de México*, vol. xxii, núm. 5, enero de 1968.

de examinar aquí. Los profesores que hablaron sobre este tema en la ocasión mencionada coincidieron en pensar que *el sentido* de la filosofía podía precisarse señalando *la tarea* que tenía que llevar a cabo en un momento determinado, que era para ellos el presente y el futuro más inmediato, sin dejar de tomar en cuenta, por supuesto, lo que se había hecho hasta la fecha. El sentido, como tarea, quedó precisado de este modo: 1. Pensar con mayor rigor y precisión para hacer de la filosofía una mejor arma ideológica, es decir, un "instrumento de acción para enfrentarse a una determinada realidad social, política y cultural", creando sistemas originales, que en el pasado no pudieron hacerse por falta de tiempo (Zea); 2. Lograr mayor profesionalismo —rigor técnico— para renunciar completamente a la filosofía como "expresión histórica del pueblo" —"con sabor local"— para acercarse más a una reflexión científica y alejarse cada vez más de la "simple" ideología y de las concepciones personales del mundo y de la vida (Villoro); 3. Distinguir entre la filosofía y no-filosofía a través de un "esfuerzo de tecnificación" —entendido como vigilancia (arma crítica) de la pulcritud lógica de las proposiciones—, en afinidad con dos movimientos filosóficos que no tuvieron "éxito histórico": el positivismo y el neokantismo, para abandonar la filosofía como cosmovisión (Rossi); 4. Fundar la filosofía —como reflexión práctica o *praxis* cuya validez "descansa en el grado de objetividad que recoja o formule"— en los resultados del desarrollo científico, y a la vez beneficiar a la ciencia por medio de sus generalizaciones (Balcárcel), y finalmente, 5. Trabajar con rigor metódico los dos tipos de problemas filosóficos básicos (los incluidos en las filosofías europeas importadas, que habría que enfrentar con afán de verdad en lugar de afán de originalidad, y los que surgen del trasplante de esas filosofías al medio cultural mexicano), comprendiendo, con la ayuda del historicismo, que cuando las circunstancias acosan a los pensadores las ideas —vinculadas siempre a las circunstancias— producen una "filosofía como ideología", "destinada a ponerse en práctica", cuidando que tales idease formulen de tal modo que sean "visibles para la acción" (Villagas).

Las tareas así fijadas para la filosofía (cuando ésta se autodenomina positivismo lógico y filosofía analítica, marxismo e historicismo) podrían sugerirnos que el sentido de la filosofía es, precisamente, el que ella establece para sí misma como quehacer en una situación histórica determinada. La filosofía no tendría, entonces, un sentido independiente de las circunstancias, éstas serían el punto obligado de referencia, lo cual implicaría una concepción particular del *para qué* de la filosofía o, en cada caso, la creación de un *para qué* apropiado a tales circunstancias, en función de los intereses propios de los filósofos que actúan en ellas, o en relación con lo que en ellas la comunidad les exige.

Esto parece convincente. Pero ¿no significaría una concentración excesiva en el presente, en el que se perdería de vista la conexión de sentido histórico que necesariamente existe entre el pasado y el futuro? ¿Qué es lo que del pasado se podría rescatar para el sentido actual de la filosofía? ¿Qué es lo que se podría legar para el filosofar del futuro? Planteamos estas cuestiones porque ya han pasado muchos años desde que era presente aquel momento histórico de la filosofía y presumiblemente las circunstancias han cambiado. Y aunque no hubieran cambiado. Tal vez ya no sea necesario poner la filosofía al servicio de los intereses ideológicos, con la urgencia de aplicación que puede impedir que el pensamiento piense las cosas de tal modo que le sea posible alcanzar unas verdades objetivas acerca de ellas. Quizá la tarea inmediata ya no sea la de superar a las concepciones del mundo (que siempre habrá que superar para evitar que la filosofía sea sólo expresión de puntos de vista subjetivos) sustituyéndolas por análisis lógicos del lenguaje. Posiblemente no sea ya una buena idea reducir la filosofía a la vigilancia de la pulcritud lógica de los enunciados y sea necesario producir proposiciones verdaderas acerca de problemas auténticamente filosóficos. A lo mejor la filosofía no puede llevarse a cabo como reflexión práctica sino en el sentido de una reflexión *acerca* de lo práctico que no puede atender las "razones" de lo práctico porque desea encontrar verdaderas razones. Puede ser que al formular las ideas filosóficas para que sean viables para la acción tengamos que renunciar a la representación fidedigna de la realidad que queremos obtener a través de ellas, tanto de las "cosas prácticas" como de las que parece que no tienen "sentido práctico".

Ninguna de las tareas que queramos fijar para la filosofía puede justificadamente hacer a un lado la búsqueda de la verdad. Esas direcciones teóricas de la filosofía que mencionamos, y las que ahora estemos dispuestos a compartir, no pueden alterar el sentido de la *tarea permanente* de la actividad filosófica en el mundo: la *búsqueda de la verdad*. Ese sentido constituye la dirección permanente y constante de las faenas teóricas de los filósofos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas e independientemente de los compromisos políticos que la vida en sociedad exige a *todos* los miembros de la comunidad, y que éstos han de cumplir, en lucha creciente y continuar la adquisición y el mantenimiento de la justicia y la libertad inherentes a un mundo democrático.

Esto no quiere decir que la filosofía recaer en una posición anterior a la del surgimiento de la conciencia de su propia historicidad. La verdad ciertamente no puede concebirse ya como una relación intemporal que puede establecerse independientemente de las situaciones concretas de los hombres, individuos y pueblos. Pero la relación temporal que la

búsqueda de la verdad y su descubrimiento mantienen con las situaciones concretas, no determinan *a priori* e ineluctablemente el carácter de verdaderos (cuando efectivamente lo son) de los conocimientos que pueda alcanzar la investigación filosófica. Y cuando esos conocimientos resultan falsos o improbables, tampoco lo son necesariamente por su vinculación inevitable con circunstancias históricas concretas. Nada de lo que produce el ser humano queda desvinculado de un aquí y un ahora. Pero esta pareja de coordenadas no garantiza por sí misma ni la verdad ni la falsedad de las proposiciones en las que se formulan los resultados de los conocimientos filosóficos o científicos.

Si la verdad no fuera posible, su búsqueda carecería de sentido y entonces la filosofía, como la ciencia, tendría que dedicarse a otros menesteres, pues como tales no tendrían ningún sentido, ni efímero ni permanente. Pero siempre ha habido y seguirá habiendo quienes se ocupen de éstos y otros menesteres que, sean lo que fueren, no tienen por qué ser menos dignos, valiosos, urgentes y necesarios para la existencia humana que la actividad filosófica. Incluso bastaría con que una sola de las direcciones teóricas de la ciencia o de la filosofía demostrara que la verdad es imposible, para que a través de ella tuviéramos un paradigma de la verdad que iluminara la actividad de la comunidad de los buscadores de la verdad, formada por filósofos y científicos. Evidentemente, la superación de las dificultades aparentes y reales que acompañan el tema de la verdad como sentido principal del filosofar, desbordan el límite impuesto a estas notas sobre la cuestión del sentido actual de la filosofía. Pero si la filosofía, como la ciencia, no puede ser otra cosa que búsqueda de la verdad, y pudiera demostrarse que la verdad no sirve para la existencia humana, habría que olvidarse de ella para siempre.

2. *¿Cuál es el sentido actual de la filosofía?*

No se trata de "superar" las direcciones teóricas de la filosofía a que hemos aludido recordando aquella mesa redonda sobre el tema que nos ocupa. Pero el sentido particular de esas direcciones es suficiente para caracterizar lo que llamamos el sentido de la filosofía en general. Ellas dan vida concreta a la filosofía y cumplen con su misión permanente de búsqueda de la verdad. La pluralidad de posiciones filosóficas constituye una condición necesaria para la posibilidad de llevar a cabo el trabajo constante de búsqueda, formulación, verificación y revisión crítica de las verdades. No tenemos que excluir de ellas ni los temas de sus investigaciones ni sus métodos de trabajo. La actitud polémica es la que sale sobrando. El diálogo verdadero, implicado en la búsqueda de la verdad, es el medio natural del proceso histórico de la filosofía. *El sentido*

actual de la filosofía depende de la capacidad y fecundidad de cada una de las direcciones teóricas de la filosofía para realizar, dialógicamente, el sentido permanente de su misión en el mundo.

Es muy revelador el hecho de que esas direcciones teóricas de la filosofía, y otras que habría que agregar, coincidan en la necesidad del cumplimiento de la exigencia básica de rigor en los procedimientos de trabajo. ¿Para qué habría de ser riguroso en los instrumentos técnico-metodológicos de la búsqueda de la verdad, si al fin y al cabo el descubrimiento de las verdades no fuera lo fundamental en el trabajo filosófico, y su contenido no estuviera fijado por determinaciones objetivas? El *afán de verdad* es el fundamento de la actividad cognoscitiva que llamamos filosofía y ciencia, y sería paradójico que por atender exclusivamente o exageradamente a la utilización que quiera hacerse de las verdades que han de ser descubiertas, se cerrara el camino hacia su descubrimiento.

¿Para qué queremos los seres humanos, individual y comunitariamente, las verdades descubiertas por la ciencia y la filosofía? La respuesta "natural" a esta interrogante, formulada por la actitud pragmática, exacerbada por el predominio de la necesidad,² consiste en buscar para las verdades una utilidad inmediata a toda costa. Bien, quizá sea bueno que la tengan. Pero las verdades alcanzadas sobre la investigación universitaria, científica y filosófica, sobre el fundamento de la libertad del pensamiento y la libertad de cátedra son, por ello mismo, *expresión de la libertad*. ¿Acaso tendría sentido preguntar por la "utilidad" de la libertad? Si la libertad y lo que ella hace posible (verdades científicas y filosóficas, actividades políticas, históricas, artísticas, morales...) ha de "servir" para algo, tendrá que ser para contribuir a que una colectividad de individuos se convierta en una verdadera comunidad de seres humanos. Si tuviéramos que averiguar las cosas radicalmente, la pregunta "¿qué podemos hacer con la filosofía?" tomaría, como lo sugirió una vez Heidegger, esta otra forma: "¿qué hace la filosofía (y todas las actividades libres) con nuestro ser?".

Del hecho de que legítimamente puedan derivarse de la ciencia conocimientos prácticos y útiles para la subsistencia y comodidad a través de la llamada tecnología (el hombre puede hacer uso de todo, hasta de sí mismo y de sus semejantes), no tenemos por qué obtener conclusiones apresuradas, que nos hagan pensar que la filosofía tendría que reducirse a un mero instrumento para la acción política (que ya tiene sus propios instrumentos) o al servicio de mejores causas que la simple búsqueda de la verdad, o que la universidad tendría que convertirse en una especie de empresa que ofreciera sus productos (en calidad de "paquetes de conocimientos") según la oferta y la demanda. Si la universidad quiere "ser útil" para su comunidad ha de seguir siendo una

auténtica universidad: el lugar específico donde el “espíritu” pueda hablar a través de los hombres, si queremos expresar la esencia de la universidad de acuerdo al lema de nuestra universidad nacional. Pero en realidad basta con decir que se trata del sitio en el cual puede manifestarse, cultivarse y mantenerse viva, de modo natural, la libertad de hombre, o mejor dicho, una de sus formas, como libertad de pensamiento. Desde luego, nos referimos a la libertad de los seres humanos que se efectúa realmente en *actos* humanos concretos (Platón descubrió hace mucho tiempo que el pensar es una forma de *praxis*),³ y no a lo que podría concebirse sólo como una extraña entidad abstracta y “especulativa”.

Del mismo modo, si la filosofía quiere realizar su *para qué* radical, que desde Grecia se conceptuó como “formación del hombre” (la filosofía es esencialmente *paideia*), ha de seguir cumpliendo, en su sentido “actual”, el sentido permanente cifrado en el afán de verdad que intenta decir *desinteresadamente* lo que son las cosas en sí mismas.⁴ Es decir, independientemente de intereses particulares y subjetivos. La filosofía y la ciencia *no están desinteresadas* de la realidad (entiéndase bien), de lo que son las cosas y de lo que sucede, de lo que le pasa al hombre y lo que éste quiere que pase, sino de las “razones” subjetivas y los intereses particulares de un individuo o de un grupo de individuos que quiera hacer pasar por “verdades” lo que no es sino mera expresión de sus conveniencias.

3. ¿Cuál es el sentido actual de la filosofía en México?

La filosofía siempre ha sido y será expresión histórica de circunstancias, igualmente históricas, en un sentido peculiar que hace que no sea *mera* expresión de ellas: es búsqueda de la verdad, que se lleva a cabo como búsqueda, motivada *circunstancialmente*, de un conocimiento que rebasa las circunstancias de los pensadores, como *propuesta de unas verdades* que (como tales e incluso como falsedades) corresponde *siempre*, por lo mismo, a un nivel de universalidad, aunque *siempre* y en todos los casos tales propuestas se formulen en situaciones concretas y particulares, y en función de problemas que pueden ser referidos a ellas (pensadas *siempre* desde un aquí y un ahora, igualmente concretos).

La investigación filosófica es *universalidad en situación*, es decir, una producción teórica cuyas propuestas de verdades, trabajo hermenéutico y revisión crítica constante tienen *siempre* coordinadas espacio-temporales, cuyo contenido trasciende *siempre* esas coordinadas. Por eso tiene una plena justificación el que, en situaciones concretas (digamos en 1968 o en 1988) de una comunidad (México) podamos hablar del “sen-

² Cfr. Eduardo Nicol, *El porvenir de la filosofía*, FCE, México, 1972, *passim*.

tido actual" de la filosofía. Este sentido actual, como hemos tratado de sugerir, no puede desvincularse del sentido permanente del filosofar. Las diversas direcciones teóricas de la filosofía, que constituyen expresiones particulares en la situación concreta y que trabajan dialógicamente entre sí (independientemente de que el diálogo sea privado y silencioso, o público y de viva voz), producen ese "sentido actual" a través de la *vigencia* que ellas tienen en relación directa con su capacidad para el análisis crítico y la propuesta de verdades. En cambio, su vigencia se irá menguando y tenderá a extinguirse inevitablemente cuando la posición o dirección filosófica haya agotado sus propios recursos epistemológicos para la búsqueda de la verdad. Lo que sería una vez más paradójico e inadmisible, sería que al programar las tareas concretas del sentido "actual" de la filosofía, en una situación determinada, se cancelara con ello el cumplimiento de su tarea esencial y permanente.

Ciertamente ese sentido "actual" de la filosofía en México puede identificarse con el sentido "actual" de la filosofía en cualquier otro lugar del mundo. Por el contrario, lo que podría caracterizar el modo particular en que se cumple con esa *misión actual y permanente* de la filosofía tiene que ver exclusivamente con las coordenadas espacio-temporales inherentes a la actividad filosófica, y puede descubrirse mediante un examen detallado de la *situación teórica* del filosofar en México, que puede precisarse mostrando cuáles problemas se han planteado, cuáles se han resuelto o se han abandonado y cuáles quedan por resolver, y sobre todo, poniendo de manifiesto de qué modo se ha llevado a cabo el trabajo con esa problemática filosófica.

Esa y otras cuestiones se refieren al *qué* se hace en (y *cómo* se hace) la filosofía en México para cumplir con lo que ella siempre se ha propuesto como tarea propia: la búsqueda de la verdad. En relación con el *qué* y el *cómo* tiene sentido la pregunta de si la filosofía mexicana ha alcanzado o no su "mayoría de edad".⁵ La situación teórica de la filosofía en nuestro país, limitándonos aproximadamente al período que ha transcurrido en los últimos veinte años (de 1967, en que se habló del sentido de la filosofía en México en la ocasión ya referida, a 1986, en que se vuelve a relexionar públicamente sobre este tema), podría hacerse evidente, en una primera fase, utilizando como guía y criterio de especificación temática y de determinación de la calidad de los procedimientos técnicos de investigación filosófica, una mínima cantidad de publicaciones: Adolfo Sánchez Vázquez: *Filosofía de la praxis* (1967); José Gaos: *Del hombre* (1970); Eduardo Nicol: *El porvenir de la filosofía* (1972); Ramón Xirau: *El desarrollo y las crisis de la filosofía occidental* (1975); Leopoldo

³ Cfr. Eduardo Nicol, *La primera teoría de la praxis*, UNAM, 1978.

⁴ Cfr. Eduardo Nicol, *Los principios de la ciencia*, FCE, México, 1965, *passim*.

Zea: Filosofía de la historia americana (1978); Luis Villoro: *Creer, saber y conocer* (1982) y Juliana González: *El malestar en la moral* (1986).

Pero la "mayoría de edad" de nuestra filosofía no se viene alcanzando sólo mediante el abandono de viejas formas de filosofar (en las que el filósofo se limitaba a expresar su circunstancia en concepciones personales del mundo, a ser divulgador de la cultura o a ser especialista en generalidades a través de escritos imaginativos, más próximos a la literatura y a los ensayos ideológicos que a la investigación científica), sino también por medio de la recuperación de un sentido pleno del afán de verdad, que consiste en realizarlo metódicamente (sistemática, racional y objetivamente) para propiciar, cada vez más, un trabajo filosófico serio y riguroso.

Para terminar, quisiéramos agregar que si se puede recuperar *en general* ese carácter metódico y sistemático del trabajo de los grandes maestros de la filosofía en todos los tiempos (que impide hasta donde es posible toda la variedad de estilos y opiniones meramente subjetivos), podemos esperar entonces que el beneficio que presta la filosofía a la situación concreta de una comunidad pueda aprovecharse más cabal y efectivamente.

⁵ Luis Villoro, "Perspectivas de la filosofía en México para 1980", en el volumen colectivo publicado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM: *El perfil de México en 1980. 3. Sociología, política y cultura*, Siglo XXI, México, 1972, pp. 607-617.